

parroquia. Lo está especialmente (al ménos de tres domingos uno) en cuanto á la misa parroquial y á las instrucciones que se dan en ella. ¿Mas qué son hoy para la mayor parte de los cristianos los preceptos de la Iglesia? Los hay todavía mas formales que todo el mundo conoce, y cuya violacion sin causa real y suficiente es un pecado mortal; por ejemplo los del ayuno y de la abstinencia en ciertos dias, de la santificacion de los domingos y fiestas, por la cesacion de la venta ó del trabajo, y la frecuencia á los divinos oficios y á la oracion; ¿Y quién es hoy el que los desempeña como es necesario? Uno se dice cristiano; quiere estar unido por algun lado á Jesucristo y á su Iglesia; segun esto se reserva un dia en la semana para guardar la abstinencia; se reservan dos ó tres por semana en la cuaresma; no se permite vender ó trabajar en los dias privilegiados que se fijan al antojo; ayuna el viernes santo; y á favor de mil pretextos dictados por la pasion, por la sensualidad, por el excesivo cuidado de una salud que solo es delicada y débil para el deber, pero que siempre es fuerte y robusta para los placeres; qué digo? tambien á favor de algunos pasajes de la Escritura Santa, tan mal entendidos como torsidamente aplicados contra el tenor del precepto, se asegura uno, se tranquiliza, se acerca tambien una vez al año á los sacramentos. Es un arreglo que se ha pretendido hacer con Dios, con la Iglesia, con la conciencia, una especie de avenimiento que algunos ministros tienen la bondad de aprobar en el tribunal de la penitencia, por la que creen que se pueden pasar sin ellos siendo muy difíciles. A la verdad, ¿una conducta semejante merece que se llame cristiana? ¿O hombres! que en vuestras opiniones y en vuestras costumbres no sois mas que absurdos y contradicciones, ¿no habrá pues, apelacion de vuestros juicios, y las ilusiones que os hacéis no justificarán en el gran dia del Señor las infidelidades de que os háyais hecho culpables. Ah! dejad de mentir á vuestro propio corazon. Sed cristianos en todo el rigor de la palabra, ó abjurad, á despecho de sus pruebas y de vuestras luces, una religion que os condena y que vosotros deshonrais.

PÁG. 201.

[22] *Su excelencia ó su santidad.* Y no olvidemos que este conjunto tiene principalmente por objeto á Jesucristo, como el único término de toda la religion, y el centro de reunion de uno y otro testamento; que contiene, como garantes de la divinidad de Jesus, en primer lugar las *promesas que le anunciaron*; los *justos*, que fueron figura de él; los *profetas* que lo predijeron; que vieron la mezcla admirable de su divinidad y de su humanidad, de su grandeza y sus ignominias, que á causa de él, y para hacer de

antemano mas sensibles sus profecias, han predicho igualmente las revoluciones de los mas grandes imperios; en segundo lugar, *Jesucristo mismo*, tan distinto del resto de los hombres por su carácter enteramente divino, por la extension de su poder, por la sublimidad de su moral, por el espíritu de su religion, que, como se ha dicho muy bien, pareciendo no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra felicidad en esta; en tercer lugar, los *apóstoles*, desde luego tímidos, groseros, carnales, sin educacion, sin literatura, muy poco despues transformados en hombres nuevos; se dividen el universo para ilustrarlo y renovarlo; y dan testimonio á costa de su sangre de hechos que pasaron públicamente y á su vista, lo mismo que otros muchos discipulos; en cuarto lugar el *establecimiento del cristianismo* por medios tan débiles, tan poco naturales, tan poco humanos, y que no tenían, segun es el curso ordinario de las cosas, ninguna proporcion con una empresa tan grande: en quinto lugar, *los judios*, que miran cumplirse en ellos mas ha de diez y ocho siglos aquella imprecacion de sus padres, cuando pidieron con tantas instancias la muerte de Jesucristo, que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos: en sexto lugar, *el estado de la sociedad cristiana*, bajo el gobierno de un gefe sucesor del primero de los apóstoles, y bajo el de los obispos que de edad en edad le han sucedido igualmente; sociedad en la que se cumplen tan fielmente las promesas del Salvador, sociedad siempre subsistente en una gran parte del universo, siempre visible, siempre una, siempre triunfante, apesar de tantos enemigos, conjurados para destruirla.

## CARTA QUINCAGESIMA NOVENA

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

Sin el triste castigo que me habéis hecho sentir, sin aquella dolorosa imagen de mi desgraciado amigo, que muchas veces me persigue, y que en muchos momentos viene á perturbar mi alegría mas viva, yo seria, padre mio, el mas afortunado de todos los hombres. Ya conozco, ya gusto todas las ventajas, y todos los hechizos de la religion. Mis pasiones están mas calmadas; mi espíritu está mas tranquilo; mi conciencia reposa cuanto es posible, y mi corazon está satisfecho.

¡O Dios mio! ¡por qué os he conocido tan tarde! ¡y cuan ciegos son los que buscan lejos de Dios la verdad y la bienandanza!

En el silencio del retiro, á favor de un guia tan tierno como sábio, he meditado los objetos que me habéis pintado, aquellos poderosos motivos de una perfecta conversion á Dios; aquellas grandes verdades cuyo primer brillo, me habia herido tan vivamente desde el momento en que recibí vuestra carta. ¡Qué felices rayos de luz me han comunicado! ¡qué sentimientos han desarrollado en mí! ¡Oh! ¡qué grande y misericordioso me ha parecido Dios! ¡pero cuán criminal me he encontrado yo! ¡qué pequeño y miserable me he visto en su presencia!. Yo he repasado mis años en la amargura de mi alma; he subido á la fuente vil é impura de mis desórdenes y de mis errores; he seguido su huella; y ¿qué he notado, gran Dios que no fuese propio para humillarme y confundirme?. Encorvado bajo el peso de mis infidelidades, he descubierto mi vergüenza y confesado mis crímenes. El cielo se dignó escucharme. Con el socorro de su ministro ayudaba tanto á mi memoria como á mi flaqueza; tocaba, heria mi corazon con la contraposicion penetrante de sus beneficios y de mi ingratitud; exitaba mis gemidos y hacia correr mis lágrimas. ¡Lágrimas mas dulces que amargas, ellas aliviaban este corazon oprimido; eran para mi alma lo que para tierra seca y árida es un rocío abundante en los ardores del estío. El ministro de un Dios salvador ha visto mi arrepentimiento; me ordenó obras de satisfaccion propias para servir de remedio por lo pasado y de precaucion para el porvenir: me dió los mas sábios consejos; me ha fortificado y consolado: y decidido al fin por la proximidad de mi partida, ha abierto en mi favor todos los tesoros de la misericordia de mi Dios; me ha reconciliado. ¡O dia feliz que me devolvió todos los derechos á la felicidad, y me ha puesto en posesion de los títulos mas gloriosos, ojalá nunca te olvidel. No,

padre mio, el desgraciado cautivo que derrepente vé romper sus lazos y quebrar sus cadenas no experimenta un contento tan vivo como el que semejante favor me ha hecho experimentar. Mucha razon teniais en decirlo: si la penitencia tiene sus rigores, si exige privaciones y sacrificios. ¡Oh! qué bien recompensada queda con la uncion de la gracia que los acompaña! ¿Mas qué digo sacrificios? Mi amada Emilia, es la que hace uno á su ternura y á nuestra union; la que huella con los pies las riquezas y las grandezas, cuando podia gozar de ellas con tanta virtud: mas encuan-to á mí, á quien las arrebatan, para nada consentí en perderlas; yo cuyas inclinaciones habian envenenado tanto y cuya conducta habian desarreglado; yo, padre mio, que tan mal usaba de ellas, y que por mis deseos insaciables formaba con ellas mi tormento, ¿de qué sacrificios puedo gloriarme? ¿y qué pérdida tengo perdiendo tales bienes? ¡Ah! yo gano todo, puesto que comienzo á conocer la felicidad. Esta solo se halla en el cumplimiento de nuestros votos siempre renacientes, en la consecucion de nuestros proyectos tan mal concertada como se halla, en la moderacion de nuestros deseos; y solo la religion nos la dá.

¡Qué recuerdo para mí el de los exesos, de la ceguedad y de las desgracias de que me he escapado! ¡qué pasiones me agitaban! ¡qué vicios habia contraido! ¡qué sistemas extravagantes he adoptado sucesivamente! qué habito de falsedad habia contraido! Vos solo me obligáis á una especie de respeto á la verdad; mas que bien consigo ahora lo precioso del amor que habéis querido inspirarme hácia ella, cuán necesaria nos es la rectitud del espíritu y del corazon, y qué influencia ejerce para el bien sobre nuestros afectos y sobre nuestras costumbres. Sí, padre mio, el carácter de un hombre veráz se ha hecho á mis ojos el mas santo, el mas augusto de todos los caracteres; y si yo hubiése conservado el mio tal como se tuvo cuidado en formármelo, ¡Ay de

mi! jamas, jamas, hubiera dejado de ser fiel. Falsos amigos, ayudados del fuego de mis inclinaciones, me arrastraron, me pervirtieron. ¡Ah! ¿de qué medios se ha servido Dios para convertirme! Me conservaba una esposa tierna y piadosa, cuyo carácter dulce é insinuante, cuyos atractivos, siempre sencillos y puros me aficionaban á ella, cuando al parecer de ella me alejaban; cuyos ejemplos me contenian; cuya virtud me sujetaba con imperio cuando era bastante vil para tener sospechas de ella. Me conservaba un padre bueno, indulgente, lleno de celo, pero de un celo ilustrado, prudente y circunspecto; un padre, un amigo, que tenia consideracion á mi debilidad, que sostenia mi confianza, que con arte aplacaba el ímpetu y el fuego de mis pasiones; sin tal padre, sin semejante amigo, la conversion á la verdad y á la virtud nunca se me hubiera facilitado. Este Dios bueno me preparaba todavía sucesos desgraciados, pero útiles; lecciones, reveces. ¡Oh! ¿qué no ha hecho en mi beneficio! Después de tales favores, ¿qué grandes cosas no debe prometerse de mi reconocimiento! ¿Y quién mejor que yo debe celebrar sus misericordias con la perseverancia en servirle!

Hoy mismo aguardo de su infinita bondad una nueva gracia, que va á poner el colmo á todas las demas. En estos dias de salud en que un precepto formal de la Iglesia llama á sus hijos á la mesa santa, se me permite, por mas indigno que me haya mostrado hasta hoy, sentarme allí con ellos. Se me asegura que Dios atenderá á la sinceridad y la viveza de mi arrepentimiento; que vencido por mis gemidos y mis lágrimas, me insta, me manda que me acerque; y sin embargo, temo tanto como deseo que este momento se aproxime. No veo mi indignidad sino con terror; no miro la magestad de mi Dios, sino con sobrecogimiento y turbacion. Por otra parte, su bondad me asegura; las tiernas parábolas del Evangelio me alientan; por la confianza que me inspiran; la idea de felicidad que voy á gozar me trasporta y me arrebatá.

¡Ah! ¿lo creeréis? Yo conocia todavía todo el precio de tal felicidad, despues que por mi culpa me privé de ella, y en los primeros tiempos de mis extravíos. Sí, padre mio, hace un año, que en un dia como el en que os escribo, combatido por un resto de fé, por mis dudas, entré en el templo, sin saber bien lo que iba á hacer en él: ví el dichoso concurso de los fieles que rodeaba los santos altares, y se alimentaban con el pan de los ángeles: su fé, su piedad, su porte modesto, una expresion de contento y de júbilo pintada en todo su exterior, el recuerdo de las inefables dulzuras que yo habia gustado en esta accion santa cuando la hice por primera vez, todo se adunaba en aquel momento para producir en mí las mas fuertes impresiones: me oculté para derramar lágrimas; me compadecí yo mismo del estado de duda en que me habia undido, de las perplejidades que sentia; me reproché una conducta tan diversa de lo que habia sido cuando no habia perdido la fé; eché ménos mis primeros afectos, y parecia que los iba á recobrar mas vivos y mas puros que nunca. Mas ¡ay de mí! ¡Volví á ver á Lausane, á Senneville y todo se olvidó.....!

En el momento en que os escribo comienza para mí la luz. Al fin brilla para mí la aurora del mas hermoso dia; la he prevenido para desahogar mi corazon y para conversar con vos. La union mas santa va á poner el colmo á mi dicha. ¡Ah! ¡Quiera el cielo que sean duraderas sus consecuencias, que nada en lo futuro me haga ingrato y perjuro, que nada del mundo sea capaz de alterar mi fidelidad! Yo me apoyo en la gracia de mi Salvador, mucho mas que en mis resoluciones y mis promesas; mas lo que creo poder asegurar es, que ahora Jesucristo es todo para mí. Su doctrina me encanta; sus ejemplos me inflaman; su vida, su muerte, su sacrificio, el don que me hace, todo arrebatá mi corazon y enciende mi amor. Medito sus beneficios y sus leyes, le contemplo, le admiro; y desengañado como estoy de toda la falsa idea de

grandeza y de heroísmo, de todos los vanos objetos de mi culto y de mis homenajes, mi Dios, mi Señor, mi modelo, mi héroe es Jesucristo.

¡Cuánto amo, cuánto reverencio las virtudes que este hombre Dios me enseña! ¡y cuán dispuesto estoy á seguirlas! ¡Oh padre mio! ¡qué espectáculo es á mis ojos el del cristiano verdadero! ¡verdaderamente virtuoso, porque todas sus miras, sus acciones van dirigidas á este fin único, la gloria de su Criador; virtuoso apesar de las pasiones, apesar del ejemplo, apesar de las preocupaciones y de la costumbre; sin cesar luchando contra el mundo, contra el demonio, contra su propia flaqueza; y siempre vencedor, siempre refiriendo sus triunfos á Dios; siempre recto, equitativo, templado, bienhechor; siempre firme en sus principios; siempre de acuerdo consigo mismo, su vida se desarrolla con un sistema uniforme de conducta y de sabiduría, consagrado totalmente al honor y alabanza de su Dios!

¡Qué contraste con el carácter de los incrédulos tales como los he visto, tales como los he conocido en su mayor parte! Sin principios fijos, sin freno, sin regla de costumbres y de conducta, sin otra ley que sus inclinaciones, sin otro fin que el placer, sin otro móvil que el interes del momento, casi todos sin juicio y sin razon; ¿he podido confesarlos por mis maestros, ó de gloriarme á veces de tenerlos por mis discípulos? ¡Ah! ¡qué sistemas los suyos! ¡qué horribles sistemas! ¡son tales, que cuando los exponen no quisiera uno depender de un hombre que los redujese á práctica, y que admitiese para sí mismo y en el curso de su vida las horribles consecuencias!

Hoy que repaso todos sus sofismas, todos sus vanos razonamientos, me parece que veo ese conjunto de imposturas huyendo y desapareciendo á vista de la verdad eterna, como se desaparecen y dician las sombras de la noche al venir un dia claro. Me parece que escucho al padre de las luces, dicipar aquella nube tenue que osan levantar en su pre-

encia, y que mui indignado de su presuncion y de su osadía les decia como en el libro de Job: „¿Quién es aquel que mezcla sentencias con discursos llenos de ignorancia y de locura?“ Con todo, estos son los hombres á quienes he visto formar una liga contra su Señor y contra su Cristo; tratar de espíritus débiles y supersticiosos, de fanáticos y de entusiastas á todos aquellos que no piensan como ellos: repeler en alta voz y sin miramiento los tiros que se dirigen contra la irreligion; y desafiando juntamente á Dios, á los hombres y á las leyes, presentarse desvergonzadamente como los apologistas del vicio y de la impiedad. ¡Oh Dios mio! ¿os dignaréis olvidar que he tomado parte en sus blasfemias, y que he podido sentarme en medio de ellos? ¡Ah! perdonad, Señor, los extravíos de mi juventud; perdonadme los errores que corro á retractar al pié de vuestros altares, y que mi corazon desaprueba para siempre.

Se acerca el momento feliz por que suspiro, y voy de nuevo á prepararme para él. Dentro de poco, padre mio, vuelo á vuestros brazos con mi querida Emilia, y con toda la amable familia que me habeis enviado. Todo está dispuesto para nuestra partida. Mañana dejaré una mansion de la que nada echaré ménos, pues lo hallaré todo cerca de vos.

¡Adios, mundo engañoso, que me habias seducido, que me habias prometido felicidad y nada me has dado! ¡Adios, favores todos de la corte, que érais el objeto mas vivo de mis votos, y que hoy lo sois de mi indiferencia! Voy á aprender léjos de vosotros á ser veráz, prudente y virtuoso. Bajo los auspicios del mejor de los ciudadanos, del mas tierno de los padres, voy á aprender en adelante á ser yo tambien ciudadano, á hacerme digno por mi estudio y por mis cuidados de servir alguna vez á mi rey, á mi patria, si mi rey se digna perdonarme; y si muero en su desgracia, habré por lo ménos enseñado á mis hijos á servirle y amarle. ¡Adios, mis amigos antiguos, mis compañeros de incredulidad! Conoceréis mi cambio, porque yo no temeré mani-

festarlo; tendréis lástima de mí, y yo no me sonrojaré de esto; con el auxilio de vuestras ingeniosas burlas, pondréis á los burlones de vuestra parte y no tendréis razon; me compadeceréis, y yo me compadeceré todavía mas de vuestra ceguedad, y rogaré al cielo que dicipe vuestras tinieblas, y me felicitaré cada dia porque no pienso como vosotros. Gracias á la religion, voy á tener principios, costumbres: pues nada de esto tenia.

## REMISION

que se hallaba al fin de la carta  
51 que el Conde de Valmont escribió a  
su padre, rindiendose a las pruebas  
de la religion. Vease la nota de la  
carta 49, pagina 45.

Os remito copia del proyecto que el desgraciado Lausane habia puesto bajo la cabecera de su cama, y que yo apercibí allí en el momento de su muerte. No está escrito de su mano; ni creo que sea de él, aunque allí reconozco su espíritu y sus principios: sin duda lo emprendieron de su orden, y he tenido lugar de pensar que su designio era, despues de haberlo meditado despacio, sostenerlo en seguida y difundirlo. Algun dia quizas os dignaréis remitírmelo con las notas que le convengan. ¡Gran Dios, que monstruosa es la incredulidad del siglo, cuando se ve sin disfraz! (a).

(a) Esta copia se halló sin notas. Se ha creido poder formar con un corto número de cambios y ligeras adiciones, el resumen de las obras y de los sistemas del dia; y se han puesto en notas las observaciones mas necesarias. La mayor parte de estas adiciones citadas, están tomados de la *Encyclopèdia*, del libro *del Espíritu*, del *Sistema de la naturaleza*, que se han citado con especialidad, así como de la *Interpretacion de la naturaleza*, que aunque mucho mas antiguo que el *Sistema*, le sirvió como de preludio. Se nos agradecerá que háyamos reemplazado con pasages tomados de nuestros autores modernos, las citas de Bayle, de Espinosa y de todos aquellos, que en tiempos mas lejanos levantaron el estandarte de la incredulidad, en el seno de la religion cristiana.